

CONTRIBUCIONES  
A LA ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA  
DEL OCCIDENTE DE MÉXICO

Eduardo Williams  
EDITOR



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

**CONTRIBUCIONES**  
**a la arqueología y etnohistoria**  
**del Occidente de México**

**EDUARDO WILLIAMS**  
Editor



**El Colegio de Michoacán**

## ÍNDICE

<i>Presentación</i> Brigitte Boehm de Lameiras	9
<i>Introducción</i> Eduardo Williams	15
Arqueología	
<i>Las áreas domésticas en el sitio San Juan, Atoyac, Jalisco</i> Francisco Valdez	23
<i>Análisis preliminar de la cerámica del fraccionamiento San Juan, Atoyac, Jalisco</i> Andrés Noyola	55
<i>Los entierros del fraccionamiento San Juan, Atoyac, Jalisco</i> María del Rosario Acosta	93
<i>La arqueología de la frontera tarasco-mexica: arquitectura bélica</i> José Hernández Rivero	115
<i>Análisis de los metales prehispánicos tarascos de Huandacareo, Michoacán</i> Francisca Franco y Angelina Macías	157
<i>Organización del espacio doméstico y producción cerámica en Huáncito, Michoacán</i> Eduardo Williams	189

*Obras hidráulicas a gran escala en el Occidente de Mesoamérica* 227  
Phil C. Weigand

*Sitios y materiales: avances del Proyecto Arqueológico Altos de Jalisco* 279  
Lorenza López Mestas, Jorge Ramos de la Vega y Carlos Santos Rodríguez

*Hallazgos recientes en el Cañón de Bolaños, Zacatecas y Jalisco* 297  
Carlos López C. y Ma. Teresa Cabrero

## Etnohistoria

*La región de Sayula vista a través de las fuentes etnohistóricas* 325  
Otto Schöndube

*El primer censo neogallego: Trespelado de una visita... de 1525* 341  
Ma. de los Dolores Soto de Arechavaleta

*Versiones sobre un fenómeno rebelde: la Guerra del Mixtón en Nueva Galicia* 355  
Ethelia Ruiz Medrano

*La colonización de los estados de Guanajuato y Querétaro por los otomíes según las fuentes etnohistóricas* 379  
David Wright

## PRESENTACIÓN

El interés por las culturas aborígenes del Occidente de México no es un fenómeno reciente. Los pueblos que habitaron la región durante siglos y probablemente milenios antes de la llegada de los españoles, tenían, sin duda, maneras de registrar su historia, de estudiar y entenderse a sí mismos y a sus vecinos.

No sobrevivieron a la conquista europea documentos escritos, pero la memoria ayudó a los indígenas a reconstruir situaciones y procesos para demostrar a los invasores los méritos de sus antepasados y el derecho a heredarlos. Algunos frailes evangelizadores e indígenas alfabetizados anotaron esos recuerdos de hazañas, de formas de vida, de vínculos y divisiones sociales, de conocimientos, de creencias, de arte e industrias, de lenguas y de gustos. Al verse frente a frente con culturas extrañas, los frailes cedieron a la tentación de describirlas para mejor convertirlas al cristianismo.

Esfuerzos más sistemáticos de conocer gente y paisajes se debieron a necesidades coloniales de organizar, producir, instituir, deslindar, amojonar, censar, tasar, entablar pleitos, dominar. La riqueza informativa mermó junto con la población indígena durante los primeros siglos coloniales, hasta que el afán de independencia revivió el interés por una identidad fincada en lo autóctono y hasta que ese interés se volvió científico ya en nuestro siglo.

Fue entonces cuando comenzaron a explorarse sistemáticamente otras vetas para el conocimiento de las antiguas culturas y sociedades: sus instrumentos son la antropología física, la lingüística y, sobre todo, la arqueología, sin caer en el olvido la historia y etnografía antiguas y la etnohistoria.

Cuando los españoles a principios del siglo XVI descubrieron y conquistaron estas partes de América, el Estado más poderoso era el de los mexicas y su capital estaba en el Valle de México. Si acaso el imperio tarasco hubiese tenido la predominancia, quizá las crónicas, los

registros administrativos, las descripciones de viajeros, las historias, las pesquisas de antropólogos, arqueólogos, lingüistas y demás científicos serían tan abundantes como el cúmulo de letras producido sobre aquella región. También, quizá, las exploraciones arqueológicas hubieran tenido inicios más tempranos y se hubieran guiado por prejuicios –los científicos les llaman hipótesis– algo diferentes.

La comunidad mexicana de antropólogos estudiosos del Occidente de México recibió una buena motivación para reunirse con colegas de otras latitudes a discutir las características de la región en el año de 1946, cuando comenzaban a tener resultados los proyectos *Tarasco* de la institución Smithsonian y los auspiciados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Universidad de Guanajuato.

Los trabajos que se presentaron en esa cuarta Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología enfocaron mayoritariamente a los actuales estados de Michoacán –concebido como zona central– y de Guerrero –la zona sur. Fueron escasas las aportaciones arqueológicas y etnohistóricas relativas a la zona norte, en la que se comprenden los estados de Colima, Jalisco y Nayarit.

En los intentos por definir la región predominaron el criterio de índole lingüística, que trataba de registrar la distribución geográfica de hablantes de lenguas indígenas y el parentesco entre éstas y con las grandes familias americanas, y el de provincias cerámicas, bajo la creencia de que ambos se correspondían con grupos culturales específicos.

Predominaba entonces una idea que aún tiene sus defensores, de que el Occidente de México no había tenido desarrollo cultural significativo alguno, sino por difusión o presión desde el civilizado centro del país. No obstante que los relatos del periodo de la conquista dan cuenta de zonas densamente pobladas y de un número considerable de ciudades de buen tamaño más allá del área tarasca hasta Nayarit, así como de la importancia de la explotación prehispánica de minerales, la mirada centrista de los estudiosos prefirió correr una supuesta frontera chichimeca hacia todo este territorio.

Al hacer el recuento del conocimiento arqueológico sobre esta región en ese año de 1946, la conclusión es dramática: de zonas vastísimas no se sabía nada y la mayor parte de los materiales disponibles procedían

de saqueos o de exploraciones con escasa sistematización de los contextos de su ubicación. Los criterios de tipologías cerámicas tampoco eran los adecuados para la comprensión de áreas culturales y de formaciones sociales y, aún menos, de procesos y secuencias temporales.

Una síntesis del panorama arqueológico, que incluye a nuestra región occidental, se publicó el año 1971, un cuarto de siglo después de aquella primera reunión (*Handbook of Middle American Indians*, segunda parte del volumen 11, dedicado a la arqueología del norte de Mesoamérica). Allí Chadwick, encargado de hacer el resumen sobre Michoacán, lamentaba tener que ceñirse a la descripción de horizontes estilísticos y de costumbres funerarias y de contar con pocos elementos para dar un ordenamiento temporal a la fases. Bell, reportando sobre Nayarit, Jalisco y Colima, trató de meter orden en los abundantes materiales conocidos, con muy diversa calidad en las excavaciones que los originaron y con gran ausencia de datos sobre su cobertura espacial y temporal.

Una suerte semejante corrió nuestro Occidente en la síntesis arqueológica de Mesoamérica de Porter Weaver (1972).

En el año de 1980 el panorama no había variado mucho. Schöndube reportaba a los participantes en el II Coloquio de Antropología e Historia Regionales, organizado por el Colegio de Michoacán para revisar el estado de la cuestión sobre la cultura purhé, los mismos problemas de la arqueología en Michoacán de entonces. Añade este autor el afán por los hallazgos espectaculares –la arquitectura monumental– y por llamar *yácata*, es decir tarasco, a todo montículo descubierto.

No obstante, aunque con mayor lentitud que en el centro del país y con menos recursos, ya estaban entonces realizándose investigaciones arqueológicas guiadas por preguntas antropológicas y sociológicas. Gorenstein exploraba el carácter urbano de Tzintzuntzan, capital de los tarascos. Secundada después por Pollard, sus proyectos propusieron la búsqueda de secuencias evolutivas sociales y de patrones de relaciones en y entre los sitios de la cuenca del lago de Pátzcuaro.

La mayor sorpresa, de entonces para acá, la ha proporcionado Weigand con su trabajo sobre una civilización autóctona y muy original que se desarrolló en las zonas lacustres de Jalisco y Nayarit durante el

primer milenio de nuestra era. Su expresión cultural se extendió hasta Colima y quizá Michoacán al sur y el Bajío al oriente.

Otros proyectos han contribuido a comenzar a borrar la imagen de un Occidente con poca capacidad e iniciativa de creación cultural. Cabe destacar los que realizan los arqueólogos de los centros regionales de Michoacán, Jalisco y Guanajuato bajo los auspicios del INAH, los del Centro de Estudios de México y Centroamérica de la Embajada de Francia, los del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Guadalajara en conjunto con el Museo del Hombre de París y los del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

En los últimos quince años han proliferado también las reuniones sobre el Occidente del país. Fue pionera la que organizara el grupo fundador del Colegio de Jalisco antes de que éste tuviera existencia formal. Después vino la XVIII mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (1983). Con las características de la pluralidad disciplinaria y de la amplia temporalidad tratada —desde los tiempos más antiguos hasta los actuales—, le sucedieron los coloquios del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Guadalajara de 1988, 1990 y 1993, y las mesas de trabajo del Centro de Estudios Antropológicos del Colmich (1990 y 1992). De aquella y de éstos, algunos trabajos vieron la luz editorial.

El Colegio de Michoacán, sin contar con un centro o departamento diseñado *ad hoc* para el estudio de las culturas y sociedades indígenas, reunió a investigadores que desde diversas disciplinas y perspectivas se interesan por el pasado y el presente de ellas. Arqueólogos y antropólogos, etnohistoriadores e historiadores, filólogos y lingüistas, un etnomusicólogo y un filósofo acordaron ser anfitriones de los colegas de otras instituciones con intervalos regulares para analizar sistemáticamente y someter a la crítica los hallazgos, antes de que se hagan viejos. Ofrecemos un terreno neutral para el encuentro de bandos que solían mantenerse en pie de guerra.

El volumen que aquí se presenta, editado por Eduardo Williams, reúne los trabajos del segundo de estos encuentros (1992). Muestra la continuidad de las pesquisas sobre lugares y temas ya expuestos en el primero (1990), e incorpora los estudios de nuevos participantes y sobre

aspectos y sitios que no habían sido incluidos. El Colegio se ha propuesto recoger la pasión regionalista despertada por la dotación algo mejorada de recursos económicos e institucionales de los últimos años, por lo menos hasta que se venza el rezago en la investigación y se demuestre la autonomía de Occidente. Después podremos volver a poner en su lugar las influencias exógenas.

Si bien se cuenta ahora con un mayor cúmulo de información de procedencia confiable y algunas subregiones comienzan a perfilarse con nitidez, quedan aún vastas lagunas en el conocimiento arqueológico del Occidente de México. Siguen siendo contados también los aportes de la etnohistoria, la que se escuda en la escasez documental. Este tipo de reuniones y la publicación de las aportaciones de sus participantes han de contribuir a la eliminación de dispersiones que aún se aprecian en los esfuerzos de algunos investigadores, así como en cierta timidez en el planteamiento de cuestiones y líneas prioritarias de atención —algunas de ellas potencialmente revolucionarias— para la cabal comprensión de la región.

Con la confianza de que en el futuro se disipará considerablemente esa terca neblina que nos impide ver diáfano el pasado indígena occidental, y de que habrá más reuniones, me permito proponer para alguna de las próximas una revisión exhaustiva de la comprobación de lo que hoy se consideran verdades, y la elaboración de una relación minuciosa de lo que permanece desconocido y requiere de un orden jerárquico de atención.

Estamos seguros de que nunca llegaremos a conocerlo todo y a encontrar la última interpretación. Pero para saber algo de una historia que marque la conciencia de identidad de los pueblos de Occidente, debe haber conjunción de esfuerzos individuales e institucionales y la garantía de un ambiente abierto y franco de discusión y crítica académicas y científicas.

Si para esto podemos aportar un granito de arena estaremos muy satisfechos.

Brigitte Boehm de Lameiras  
Zamora, Michoacán, marzo de 1994.